



NOVENA ÉPOCA.

Valneige, 12 de Octubre de 1800.

¡Oh nido en el que se recoge mi alma en la montaña! Héme ya por siempre regresado á mi albergue, como el pajarillo que, caciendo de alas, se refugia en un agujero de la pared para morir. Mi alma, anhelante de un poco de reposo, precedía desde gran distancia á mis pasos con el pensamiento. ¡Cuán grata fué á mis ojos la sombra de las montañas que se perdian en las nubes, tan luego como llegué á sus faldas! ¡Con qué fruicion respiraba, al trepar por sus colinas, los vientos armoniosos exha-

lados por las barrancas, esas brisas que salen cual suspiro medio consolado, de las dentelladas ramas del alerce! ¡Cuán agradable me fué contemplar la corteza del primer abeto! ¡Qué triste y fatigado me tendí sobre el musgo! ¡Cuán largo tiempo pasé con mis silenciosos lábios aplicados á él, escuchando solamente los fuertes latidos de mis sienes, y el proceloso embate de mis mil encontrados pensamientos, derramados en lágrimas más bien que en palabras sobre la yerba! ¡Cuántas veces bebí en el hueco de mi mano un poco de agua del torrente que corre á lo largo del camino! ¡Con cuánta frecuencia creyó percibir mi oído, atento á sus oleadas, un grito producido por sus aguas al despeñarse por su álveo, grito que obligándome á encoger todo el cuerpo recorrido por glacial escalofrío, me detenía anhelante á la orilla del sendero!

Por fin, al llegar la noche, divisé entre las copas de los árboles los contornos de las cenicientas paredes de mi casa situada junto á la vertiente de los abismos; los aldeanos, diseminados entre sus gavillas de heno, me saludaban desde léjos con el ademán y la mirada, en tanto que yo me iba acercando, con el corazón henchido de tristeza y la vista fija en mi hogar silencioso y frío, á su cerrada puerta: cuando mi pié polvoriento pisó mi pobre umbral, un amistoso ladrido fué mi única acogida: ¡ah! era mi perro, tendido al pié de mi ventana, y al que los tres meses de ausencia de su amo habían enflaquecido en extremo.

Marta estaba hilando, sentada en la meseta de la escalera, y al verme se le escapó de las manos el huso que fué rodando por los escalones; miróme sin despegar los lábios, y como si su vista hubiese leído lo que pasaba en mi interior, abrió la puerta de mi aposento y continuó silenciosa. El perro solamente corrió á mi encuentro dando alegres aullidos, saltó en torno mio lleno de júbilo y ternura, se revolcó á mis piés prodigándome mil caricias, lamió mis manos, mordió mis ropas, mi calzado, brincó del suelo al lecho, de la silla á la chimenea, festejando toda la estancia, y pareciendo anunciar con sus saltos y sus gritos hasta á las mismas paredes la llegada del sér á quien amaba; y tendiéndose luego en mi polvoriento morral, clavó en mis ojos una cariñosa é insistente mirada. ¡Oh vosotros los que ni siquiera teneis en la tierra este amigo del pobre solitario; perdonadme si os confieso que aquella mirada tan dulce, tan triste de mi perro hizo que las lágrimas subieran de mi corazón hasta mis ojos. Rodeé con mis brazos su cuello henchido de gozo y humedecí su sedoso pelo con las gotas de mi llanto. «Ven, le dije, mi pobre y único amigo, ven, amémonos! ¡do quiera que Dios hapuesto en contacto dos corazones, ¡es tan grato amarsel»

¡Ay! Volver solo al desierto hogar, sin ver al acercarnos á él una ventana abierta, sin que al divisar en lontananza su techumbre podamos decir: «Mi regreso va á difundir en esa casa la alegría; una

mujer amada, una hermana, una madre, los amigos, están contando los pasos que me faltan para llegar, y dentro de breves instantes, conmovidos por mi vuelta, esos muros se animarán para rodearme de amor! » ¡Llegar solo, penetrar silencioso en el patio, sin que nos salga al encuentro un rostro conocido, sin que de tantos ecos como hablaban en otro tiempo, uno, uno tan sólo se estremezca al oír nuestra voz! ¡Sin que el amarguísimo sentimiento que nos inunda, encuentre en el mundo un solo ser en quien desbordarse, excepto en el corazón del viejo perro del hogar, que ha ladrado al percibir el rumor de nuestros pasos errantes! No tener más que ese corazón que palpita á la par del nuestro, sin que lo que en él sentimos se refleje en otro; no tener más que esos ojos sobre la tierra en que los nuestros se fijan, que nos miran partir ó regresar, que sin conocer la causa de nuestro llanto nos ven llorar, y á los cuales faltaría algo, si llegásemos á faltar, ¡ah! ¡todo esto es horroroso sin dudal y sin embargo ¡todavía es grato!

¡Oh perro mio! Dios solo sabe la distancia que media entre nosotros; solo Él conoce el grado de la escala de los seres que separa tu instinto del alma de tu amo; pero tambien Él solo sabe en virtud de qué secreta relacion vives tú de su mirada y mueres de su muerte, y en virtud de qué compasion hácia nuestros corazones, hace que ames á aquellos á quienes ya nadie ama. Por esto, pobre animal, aun cuando

te arrastras por el suelo, jamás te ha tocado mi pié con necio desden; jamás he contristado tu corazón con una palabra brutal, ni mi corazón ha rechazado tus conmovedoras caricias; antes al contrario, siempre, ¡oh! siempre he respetado en tí la inefable bondad de tu Señor y el mio, como se debe respetar su más insignificante criatura, porque todas son hermanas nuestras, sea cualquiera el grado en que las haya colocado la naturaleza.

¡Ah mi pobre Fido! Cuando, fijos tus ojos en los míos, el silencio comprende nuestros mudos coloquios; cuando, puesto junto á mi cama, espiondo si duermo ó velo, un solo soplo desigual de mi seno basta para despertarte; cuando, leyendo la tristeza que me agobia en mis anublados ojos, procuras adivinar mis pesares en las arrugas de mi frente, y para distraerme de mis penosas cavilaciones, muerdes suavemente la mano que en tí apoyo; cuando mi alegría ó mi disgusto, reflejándose en tus ojos fraternales como en un claro espejo, hacen que tu mirada sea intranquila ó serena; cuando el alma se revela en tí tan ostensiblemente, y tu amor excede á tu inteligencia: no, no eres vana ilusion del corazón, no eres befa del sentimiento humano, ó cuerpo organizado al que una caricia anima, ó autómatas engañoso de vida ó de ternura. ¡No! Cuando ese sentimiento se extinga en tus ojos, se reanimará indudablemente en algun cielo. La tierna simpatía de lo que tanto se

amó, sea hombre ó planta, jamás puede morir aniquilada: Dios la rompe un momento, mas para reunir la de nuevo: ¡su seno es bastante grande para que todos tengamos cabida en él! Sí, nos amaremos como nos hemos amado. ¿No deben ser para Él lo mismo los instintos que las almas? Donde quiera que la amistad consagre un corazón amante, donde quiere que la naturaleza inflame sus sentimientos, Dios mantendrá vivo su divino destello, así en la estrella de las noches cuyo esplendor centellea, como en la humilde mirada del pobre faldero que servía al ciego de guía y murió sobre su tumbal

¡Oh! ven, último amigo á quien alegra mi presencia, no temas que me avergüence de tí ante Dios; ¡lame mis ojos empapados en llanto! ¡pon tu corazón junto al mio, y puesto que hemos quedado solos para amarnos, amémonos, pobre perro!

Valneige, 9 de Noviembre de 1800,
en una noche de invierno.

¡Oh! ¡Cuán lento es el año y qué triste el día durante estos meses de invierno en que la sonora lluvia azotada por el huracán y chocando contra las vidrieras, oscurece los cristales con sus compactos chorros: en que el horizonte velado por heladas brumas, limita mis pensamientos como limita mis miradas, y en que

tan sólo escucho el impetuoso ábrego que introduciéndose por todas las rendijas produce quejumbrosos silbidos, la caída monótona de las cascadas de invierno, el alud que se despeña retumbante en mil fragmentos, el cacareo de las gallinas en el corral, y á Marta que pasa todo el día dando vueltas á su torno!

Entonces ¡ah! entonces es cuando mi alma aislada, relegada por todos los elementos á mi seno, y devorándose en mi interior como hoguera sin aire, anhela huir de sí misma, busca algo en torno suyo, siente que el tedio penetra por cada poro, y mira á lo lejos si hay álguien que la ame todavía, si existe un solo sér que, unido á ella por algun vínculo, me dedique un recuerdo y piense en mí; pero no viendo en derredor mas que indiferencia y silencio, vuelve á desplomarse con todo su peso en su vacío sin límites.

Así tambien, el hombre olvidado por la caravana en el desierto, busca la huella de un solo pié, y examina, hasta donde puede alcanzar su vista, si hay en el horizonte algun punto que se mueva, alguna tienda que despida humo, ó alguna verde palmera que interrumpa la interminable línea del desierto; pero no divisando más que abrasados arenales cuya superficie ha llenado de arrugas el viento del simun, perdida toda esperanza de ajeno socorro, cierra los ojos á la luz y se sienta resignado para morir.

Luego, como un corazón destrozado al que reani-

ma una palabra conmovedora y envia sus lamentos al cielo desde el fondo del abismo, envió á Dios mi alma y digo para mí: «En Él tengo el agua que aplaque mi sed, el término de mis pesares; el amigo cuyo corazón rebosa amor, la familia inmortal y el invisible mundo!» Y rezo, y lloro, y espero, y siento que circula la benéfica agua por mi seco corazón, y bajo á mi huerto empapado por los fríos aguaceros á visitar mis plantas inundadas; examino si los retoños de las campanillas han echado ya flores, levanto los tallos caídos sobre el agua, sacudo al sol los cogollos de mis lechugas, llamo de paso por su nombre á todos mis árboles, toco cariñosamente sus ramas con la mano, y me acerco á ellos como si fuesen antiguos amigos: porque, dado el aislamiento de mi alma, en la que rebosa esa necesidad de amar, que es su vida y su tormento, se une al mundo vegetal por sentimiento, y si Dios redujese las plantas á polvo, yo abrazaría el suelo y amaría hasta á las piedras!...

Al volver á casa, acaricio á mis palomas que tiemblan de cariño, ó paso y repaso la mano por el lomo de mi perro, cuyo pelo se eriza de alegría; ó si asoma un rayo de blanco sol, me entretengo en escuchar los gorjeos de mis pájaros, que anhelan la vuelta de la primavera, y repartiendo de esta suerte mi alma entre todo cuanto me ama, procuro enganarme á mí mismo en mi aislamiento, mientras que el oculto abismo de mi profundo hastío va cegándose

en la superficie, pero quedando siempre el vacío en el fondo!

.....

8 de Diciembre de 1800.

El pobre buhonero murió anoche. Nadie quería dar tablas para su ataúd, y hasta el herrero se negó á proporcionar clavos. «Es un judío, decía, que no sé de dónde ha salido, un enemigo de nuestro Dios, á quien seguiría ultrajando si resucitara; su cuerpo inficionaría el cadáver de un cristiano. Arrastrémosle á las hendiduras de la roca como á un perro. La cruz no debe cobijar con su sombra al que la niega, y la tierra solo se ha bendecido para dar sepultura á nuestros restos.»

Y en vano imploraban la compasión de los transeúntes la mujer y los hijos del judío, defendiendo el cadáver de la animadversión popular, y reteniéndole por los pies en su sudario. Avisado yo por casualidad de tan inhumano escándalo, acudí y con una mirada hice que se apartase la muchedumbre; tendí mis manos á la viuda y á los huérfanos, eché en cara á los cristianos la dureza de su alma, y avergonzándome por ellos, dispuse que se diera sepultura al cadáver diciendo: «Si no hay tablas para el ataúd, id y tomad las de mi cama.»

Luego para enseñarles un poco de tolerancia, pri-

mera virtud de la ignorancia humana, y demostrarles que Dios y el sol lucen para todos y que sus beneficios alcanzan á pesar nuestro á todas las criaturas, les referí la sencilla y breve historia que acudió en aquel momento de mi memoria á mi corazón:

«En el tiempo en que los humanos andaban en busca de un país que habitar, algunos hombres se establecieron cierto día á orillas del Nilo, y aquellas gentes ignorantes, enamoradas y celosas de la corriente que las alimentaba, elevaron el río á la categoría de Dios. «Dará la vida á los que de él beban, dijeron: esos seremos nosotros, y los demás morirán!» Y cuando alguna errante caravana acertaba á pasar por allí y queria llenar sus odres profanos de agua del río, la rechazaban envidiosos, y se decian unos á otros: «El agua del cielo es exclusivamente nuestra! ¡Solo se vive en nuestros campos, y no se bebe sino donde estamos! ¡Los demás no beben y por consiguiente no son hombres!» El ángel del Señor, que oyó estas palabras, exclamaba: «¡Qué mezquinos son los pensamientos de esa gentel!» Y para demostrarles á su costa que el agua que cae del cielo corre para todo el mundo, hizo venir de léjos un pueblo con sus camellos que al cruzar el Nilo quisieron beber de sus aguas, y mientras los estúpidos defensores del dios-río prohibian sacar agua á sus sedientos rivales, el ángel, abriendo el cerrado depósito del cielo, hizo caer torrentes de lluvia sobre uno y otro ejército; el

pueblo extranjero bebió en el lago de las tempestades y el ángel dijo al otro: «¡Oh insensatos! Las nubes suministran agua á aquellos á quienes se la negais, y su manantial está más alto que el vuestro. Id, recorred el universo: vereis cómo cada raza tiene su río que descende de sus bosques, la fecundiza y mitiga su sed; pues todos esos torrentes proceden del mismo sitio, toda onda brota de la gracia de Dios! Él la vierte en la ocasion y en la medida necesarias, más cenagosa ó más pura, formando con ella riachuelos ó rios caudalosos. Si los vuestros, oh mortales, son más claros y más dulces, guardaos de enorgulleceros, y mucho más de mostrarnos envidiosos ó egoistas; sabed que teneis hermanos en la tierra; que los que carecen de un río como el vuestro, tienen lluvias en invierno, rocíos en verano, que Dios hace manar del lago de su bondad, dando á todas las criaturas la gota de agua que necesitan; porque todo pueblo es su pueblo y toda onda su onda!»

»Esta religion que nos enorgullece, es ese río hecho dios cuyo cauce se defiende. Vosotros creéis ser los únicos poseedores de los esplendores divinos, os figurais que reina la oscuridad mas allá de vuestras colinas, que aquel á quien no alumbrá vuestra luz camina á ciegas y sin cielo en las tinieblas de la muerte; pero habeis de saber que Dios solo, fuente de toda luz, la difunde en todas las almas y en todas las pupilas; que cada hombre tiene su luz, cada edad

su fulgor, cada rayo celeste su parte de verdad, y que solamente El sabe cuánta luz ó sombra contiene para sus hijos ese rayo siempre oscuro! El vuestro es más impido y más templado; seguid vuestro camino alumbrados por su esplendor, dando gracias al cielo! Pero no interpongais entre el astro y vuestros hermanos la sombra de vuestras vanidades, la mano de vuestra saña; para hacer que la verdad brille á sus miradas, reflejad su luz en vuestra caridad, porque el ángel que vendrá á hacer la prueba de vuestra religiosidad, juzga el culto del corazón, como se juzga del río por sus ondas. El arco-iris que Dios pinta es de varios colores, pero el brillo del rayo se juzga por su calor!»

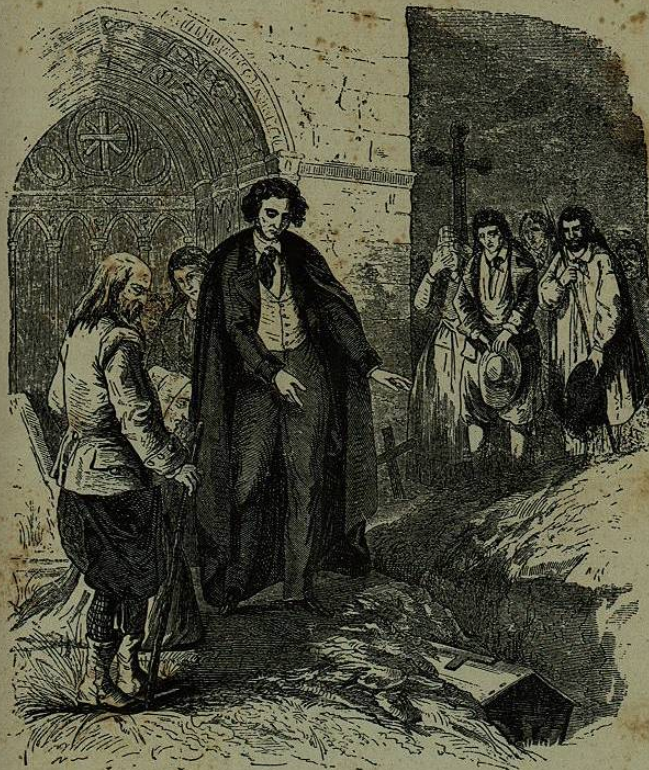
Esta moral en acción modificó de tal suerte su alma, que al fin todos querían á porfía amparar á la viuda y á los huérfanos.

(Aquí faltaban muchos pliegos del manuscrito).

LOS LABRADORES.

Caserío de Valneige, 16 de Mayo de 1801.

A veces me alejo de mi iglesia y de mi casa desde la aurora, cuando el tiempo es bonancible y después de celebrar el sacrificio de la misa, y con mi Biblia debajo del brazo, paso el día por los campos, sin



—¡OH SANTO AMIGO! LE DIJE. ¡DUERME EN PAZ!

guía, sin rumbo fijo, andando á la ventura, hojeando al azar la naturaleza como si fuese un libro, pero por do quiera con profundo recogimiento, porque en todas partes hallo escrito algun fragmento del inmenso nombre de Dios. ¡Oh! Quién así puede leer en las páginas del gran libro, no debe cansarse ni lamentarse de vivir!

La tibia atraccion de los rayos de un cielo más cálido me hizo subir esta mañana por los montes á mayor altura de la acostumbrada; llegué á la cresta de una enhiesta colina, bañada en su base por un lago y terminada en un glaciar, y cuyas arboladas laderas de suave declive están salpicadas de abetos con algunos prados entre ellos. En su cúspide solo hay grupos circulares de caidos castaños, de robles seculares, cuyas copas dentelladas se destacan sobre el azul del firmamento, y semejantes á los vetustos muros de almenados torreones, hacen que el cielo parezca más azul por su contraste oscuro y cubren con su anchurosa sombra algunos campos. Al través del ramaje se ve relucir el lago, cuyas aguas despiden brillantes destellos al herirlas los rayos del sol y por las que se desliza la barca de blanca vela como el ala de un ave que pasa de rama en rama; pero más cerca, sus largos brazos asomados sobre el abismo y empapados de la humedad que durante la noche cae gota á gota sobre ellos, dejan pendiente su follaje y sueltan su rocío sobre un angosto espacio que mira

á levante, circundado por otros troncos negros como un lago de verdura en su reducida cuenca: desde allí, con el codo apoyado en sus raíces, podía yo verlo todo, hasta el fondo de los barrancos, sin ser de nadie visto.

Ya empezaba á oír cerca de mí por momentos el rumor de pasos, voces y mugidos que iban subiendo por la cuesta: eran los aldeanos que vivían en las chozas de aquellas alturas, los cuales se encaminaban á labrar su pedazo de colina con su rechinante arado arrastrado por una blanca yunta y su mula en la que cabalgaban su mujer y sus hijos: yo, en tanto, leyendo mi Biblia ó la naturaleza, pude contemplar todo el día aquella escena y trazar con distraído lápiz en el papel lo que iba viendo. ¡Oh naturaleza, todavía se te adora en tu espejo!

Dejando que sus bueyes cobren aliento, el campesino se apoya de pié en el tronco de un árbol, y enjuga con su callosa mano el sudor que de su varonil y simpática frente ha hecho brotar la subida del sendero; en tanto su mujer y sus hijuelos, arrodillados delante de los mansos bueyes que inclinan al suelo sus astas, les parten retoños de fresno y de helecho, y echan ante ellos en verdes montones las hojas que van mondando de las ramas; los animales rumian tranquilos, mientras que las sombras se re-

pliegan gradualmente á medida que sube el sol, y dejando que se entibie la frialdad de la gleba, van á morir á los piés del labrador. Este unce el yugo con la fuerte correa á la cerviz que su mano robusta hace inclinar á los bueyes; los niños van á coger ramas desgajadas, empapadas aún de gotas de rocío; las atan con sus hojas á modo de festones que los cuadrúpedos sacuden sobre su velado testuz para que sus jadeantes flancos y su polvoriento pecho lleven consigo un poco de sombra que oponer á los rayos del sol. Engánchase la lanza al yugo de alisada madera, la reja del arado se endereza y vibra bajo el gimiente eje, el hombre coge la esteva, y guiando el penetrante hierro que ha de abrir los surcos, conduce la yunta al extremo del campo.

¡Oh! ¡Trabajo, santa ley del mundo, tu misterio va á efectuarse; para que la gleba sea fecunda, es forzoso ablandarla con sudor! El hombre, hijo y fruto de la tierra, abre el seno de esta madre, que hace germinar los frutos y las flores, á la manera que el niño muerde el pecho materno para que la leche brote y chorree cual lágrimas del seno de su nodriza!

La tierra, hendida por la reja á la que ella misma aguza, se amontona, se rompe en terrones palpitan-

tes, y mientras se va abriendo humea como carne que se hiende y palpita y despide humo al contacto de un hierro hecho ascua. Las alas del arado la dividen en dos polvorientos montones; sus yerbas, cuyas raíces quedan en descubierto, se dispersan; sus reptiles, sus gusanos, desenterrados por el hierro, se retuercen en su seno divididos en fragmentos; el hombre los pisotea, y sacudiendo la esteva del arado, hunde más y más la reja que los despedaza; la lanza profundiza y tiembla y le lastima los dedos; la mujer anima á los bueyes con la voz y con el ademán; los animales, afianzándose en sus jarretes que se doblegan, pesan con toda su frente sobre el yugo que los tiene ligados; sus ijares palpitan con ardor como un corazón generoso; hacen saltar el suelo hasta lo más profundo. El hombre acelera el paso, la mujer apenas puede seguirle: todos llegan sin aliento al extremo del surco, y se detienen: el buey rumia, y los niños espantan con la mano las moscas que le molestan.

¡Ya está abierto, todavía humea en el suelo ese profundo trazol! ¡Oh tierral! ¡Tú viste cómo brotó todo del primer surco abierto en tu seno! ¡Hubo un Edén sin cultivo; mas la naturaleza, buscando algo que estimulase al hombre, sepultó para él bajo tierra su destino y su misterio, ocultos en su primer surco!

¡Oh! ¡El primer día en que entreabriéndose la llanura bajo la robusta mano del hombre, bebió el santo sudor humano y recibió la semilla en depósito; para ver á tan noble criatura ayudando á Dios y sirviendo á la naturaleza, el cielo abierto retiró sus pliegues, palpitaron las fibras del suelo, y los ángeles asombrados celebraron la realización del segundo prodigio!

Y los hombres, enajenados de gozo, uncieron al yugo sus parejas de bueyes; y en los oteros se multiplicaron los grandes pueblos á la par de las mieses; y del seno de las llanuras brotaron las ciudades, esas colmenas de exuberante población, y los buques, descomunales alciones, llevaron en sus anchurosas alas su alimento á las naciones, cuál las golondrinas lo llevan á sus nidos!

¡Y para consagrar la herencia del campo labrado por sus manos, los hombres se repartieron la tierra, fijando límites en sus posesiones; y propicio cada cual á todos los derechos, halló en su corazón la justicia, grabó su código por do quiera, y para consagrar sus propias leyes, elevándose hasta la ley suprema, buscó un juez y encontró á Dios!

¡Y la familia, arraigada á la loma que plantara, floreció de año en año, cual colectiva inmortalidad; y bajo su amorosa tutela nació el amor de la patria, simiente de pueblo germinada al calor del sol! ¡Simiente de fuerza y de gloria, que no es otra cosa

sino la santa memoria del campo sembrado por sus padres!

¡Y los templos del Invisible salieron de los flancos de la roca, y el hombre pudo acercarse á Dios por una escala insensible; y las plegarias que suspiran y las virtudes que estas inspiran brotaron del corazón de los mortales; y Dios admiró en el hombre su propia gloria y para conservar memoria de ella recibió la espiga como ofrenda en sus altares!

Después de reposar un momento, empiezan á trazar un surco paralelo al primero, y así van y vienen de un extremo del campo al otro, como el tejedor que, teniendo todo el día su telar en movimiento, empuja y atrae el lino que se va desenrollando, y junta el hilo al hilo en su rápida trama. En el sonoro valle resuenan sus voces; el mirlo azul huye silbando por los bosques; y las hojas del roble, agitadas por el ruido, dejan caer sobre ellos las gotas que destilan.

Entre tanto, el sol lanza sus rayos con más fuerza, el grillo parece tocar á fuego en el lomo del surco. Yo veo flotar, correr sobre los abrasados terrones la atmósfera palpable en la cual nada el rocío que vuelve á brotar del suelo y hierve á la luz como el hálito ardiente de la boca de un horno. El yugo de los bueyes va hundiéndose con menos rapidez en el surco; el hombre se pasa la mano por la frente, su voz se

debilita; la esteva vacila entre sus nerviosos dedos; el sudor de la mujer empapa sus cabellos; detienen el arado á la mitad de su carrera; acuden á refrescar sus sedientos labios en la fuente que mana de la peña, y con la boca aplicada al húmedo granito, saborean su frescura y su humedad.

¡Oh! ¡Que beban en esa gota el olvido de los pasos que les es forzoso dar: Señor, haced que cada cual encuentre en su camino una peña que le depare el agua que necesita! ¡Que vuestra gracia aplaque su sed! ¡Y puesto que cuantos encaminan sus pasos por la tierra están sedientos á todas las horas del día, haz que brote de tu oculto manantial la gota de paz y de amor que ha de refrescar sus ardorosos labios!

¡Ah! Todos tienen esta agua que satisface su alma; unos la fortuna que ansian; otros el corazón de una mujer; estos las caricias de sus hijos, aquellos la amistad secreta ó los éxtasis del poeta; cada colmena humana tiene su miel. ¡Ah! ¡Depara á su sed aplacada esa agua de las fuentes de la vida! Pero mi fuente ¡ay! mi fuente está en el cielo.

El agua de la tierra solo contiene amargura para los labios que bebieron amor, y las linfas que han de apagar la sed que me consume no se hallan en la terrestre mansion; no están más que en mi pensamiento dirigido siempre á mi Dios, en algunos sollozos de

mi pecho, en mi resignacion para sufrir, y la gota de mi única esperanza la bebo en mis lágrimas!

Entre tanto, llegado el medio día se disponen á comer; dejan tendido el arado en el suelo; el hombre desunce á sus bueyes del caliente y humeante yugo, y ellos van pausadamente á tenderse lejos de la reja á la sombra de un espeso follaje; la mujer y los hijos reunidos al pié de un árbol y sentados sobre la yerba al rededor del padre, se pasan de mano en mano las frutas, los huevos duros, el queso y el pan; y el perro, mirando de hito en hito el rostro del labrador, atisba con ojos de confianza las migajas que espera. Acabada la comida, la madre se acerca á la cuna que descansa reclinada en un nuevo surco y saca de ella un hermoso niño desnudo que le alarga los bracitos; lo levanta, lo suspende en el aire, y le da el pecho; le duerme luego meciéndole en su regazo y se duerme ella á su vez descansando un brazo sobre su esposo; y durante el rigor del día la familia dormita en su lecho de tierra, mientras el perro los guarda; y los ángeles del Señor pueden contemplarlos desde las alturas y los celestes ensueños descender sobre sus cabezas!

¡Oh! ¡Dormid bajo la verde nube de las hojas que cobijan ese nido, hombre, mujer, hijos que sois su

imágen, reunidos todos por la ley del amor! ¡Oh familia, compendio del mundo, instinto que halaga y fecundiza á los hijos del hombre en esta baja tierra! ¿Acaso no eres tú la que nos recuerda ese fraternal parentesco de los hijos cuyo padre es Dios?

Foco de amor, en el que esa llama que circula por el universo une entre sí los corazones y las almas y encadena los diferentes sexos; tú estrechas y enlazas las generaciones y las vidas con tu misterioso vínculo, y el amor que del cielo emana, culto profano de las voluptuosidades, se convierte en virtud, si es el tuyo!

Dios te guarde y te santifique; el hombre te confía á la ley, y la naturaleza purifica lo que sin tí sería impuro. ¡Bajo el santo techo en que te reunes, las miradas, los sueños no mancillan tu pureza, y el manantial humano renueva los torrentes de la humanidad, sin que enturbie cieno alguno sus aguas!

Han vuelto á levantarse y á emprender el suspendido trabajo. La sombra, que ha dado la vuelta de oriente á occidente, se prolonga al pié del árbol y va á envolverlos en breve; la superficie del lago, ménos brillante, se arruga al soplo de la brisa vespertina: el surco se va acercando al otro extremo del campo. Mas ¿qué sonido ha vibrado en el follaje? La campana difunde por el aire conmovido sus apagados ecos,